



LA CONVERSIÓN DE Un Predicador

OSCAR PACHECO

Cómo olvidar ese sábado 9 de septiembre del año 2000, aquella mañana soleada cuando tome la decisión de entregarme a Cristo a través del bautismo. Era apenas un adolescente de 16 años, que hastiado de su vida vacía y sin sentido, decidió rendirse y dejar de huir de la gracia divina.

No paso mucho tiempo para darme cuenta que lo mío era predicar. Y casi de forma inmediata, los maestros y pastores del colegio adventista donde me convertí, comenzaron a apoyarme: instruyéndome y dándome la oportunidad de predicar en diferentes servicios. Es más, algunos de ellos me animaron a estudiar teología y así entrar al ministerio, pero ese es un tema para otra reflexión. Doy gracias a Dios, por todos aquellos obreros consagrados que conocí en aquella época, siempre estuvieron pendientes de mí, sus consejos oportunos y palabras de ánimo nunca fallaron, su hospitalidad era excepcional; se notaba que estaban llenos del amor del cielo. Qué diferentes fueran nuestras iglesias si nosotros tratáramos a los nuevos miembros como a mí me trataron hace 20 años.

Recuerdo la primera vez que prediqué un sábado en la iglesia del colegio. Todavía conservo con gran aprecio y nostalgia aquel sermón hecho con la vieja máquina de escribir que teníamos en casa. Esa ocasión fue muy especial para mí, pues mi mamá me acompañó, ella tenía un profundo deseo y curiosidad de escucharme hablar. Nunca

olvidaré su rostro, lleno de asombro y lágrimas. Quizás, estaba un poco consternada al ver a aquel adolescente rebelde y respondón transformado en un predicador.

Todo predicador tiene sus puntos de inflexión, esos momentos que te marcan y señalan el norte que debes seguir. En mis orígenes, como lo retrata la foto que acompaña esta publicación, me encantaba hablar de la cruz, a pesar de que no tenía tanta claridad sobre el tema en cuestión. Con el paso del tiempo, debido a que desde mi entrada a la iglesia me nombraron maestro de escuela sabática, comencé a interesarme por los temas doctrinales.

Un año después de mi bautismo, mi querida madre espiritual, la profesora Ana María Regalado, uso la joya literaria “Preparación para la Crisis Final”, como libro texto para las clases de Biblia que impartió en mi último año de bachillerato. El contenido de ese texto despertó en mi un gran interés por los temas proféticos, fue así como la semilla por el estudio de las profecías germinó en mi corazón, y con el tiempo esa semilla creció tanto hasta convertirse en una gran pasión.

Sin embargo, con el paso de los años, mi predicación se volvió árida y seca. Es cierto que tenía datos históricos interesantes que ofrecer y contaba con un manejo milimétrico de los esquemas proféticos, pero en raras ocasiones hacía mención de la gracia de Cristo. En otras palabras, mis predicaciones eran un cúmulo de conocimiento escatológico sazonado con una alta dosis de horrorología por los juicios venideros, nada más que eso. Me es imposible leer la siguiente cita de Elena de White y no sentir vergüenza, pues veo reflejado mi trágico pasado en ella: “Ha habido discursos enteros secos y desprovistos de Cristo, en los cuales Jesús ha sido apenas mencionado. El corazón del que habla no está subyugado y ablandado por el amor de Jesús. Se extiende en teorías áridas. No se hace una gran impresión. El orador no tiene la unción divina, y ¿cómo puede él conmover los corazones del pueblo?” (Mensajes Selectos, Tomo 3, Pág. 209).

En resumen, ese fue mi camino: de la cruz incomprendida pasé a la profecía sin Cristo. No fue hasta que vino mi segundo punto de inflexión que las cosas cambiaron de nuevo. Nunca quise estudiar a profundidad el tema de la salvación porque me parecía un poco confuso a la luz de algunos libros que había leído, llegué incluso a pensar que dicho tema era el único eslabón suelto en nuestra cadena doctrinal. Finalmente, motivado por las dudas que tenía en mi mente, comencé a estudiar los materiales del sitio web www.libros1888.com, un sitio que increíblemente días después de mi conversión había encontrado pero no quise ponerle mucha atención. Después de leer algunos artículos y libros sobre el mensaje de 1888, comencé a entender la belleza del evangelio y a la vez me di cuenta que como predicador había cometido el gran error de sacar a Cristo de mis mensajes. Mi fariseísmo me había cegado al punto tal de considerar la cruz como un cliché. Tras leer esta cita, que resume muy bien el contenido del mensaje dado en Minneapolis, entendí las implicancias de la cruz, de aquella cruz que prediqué en mis inicios, pero no entendía a cabalidad:

“En su gran misericordia el Señor envió un preciosísimo mensaje a su pueblo por medio de los pastores Waggoner y Jones. Este mensaje tenía que presentar en forma más

destacada ante el mundo al sublime Salvador, el sacrificio por los pecados del mundo entero. Presentaba la justificación por la fe en el Garante; invitaba a la gente a recibir la justicia de Cristo, que se manifiesta en la obediencia a todos los mandamientos de Dios. Muchos habían perdido de vista a Jesús. Necesitaban dirigir sus ojos a su divina persona, a sus méritos, a su amor inalterable por la familia humana. Todo el poder es colocado en sus manos, y él puede dispensar ricos dones a los hombres, impartiendo el inapreciable don de su propia justicia al desvalido agente humano. Este es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo. Es el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado en alta voz y acompañado por el abundante derramamiento de su Espíritu” (Testimonios para los Ministros, Págs. 91-92).

Hoy, cada vez que predico me es imposible no hablar de Cristo, de su cruz, de su justicia e inalterable amor por la humanidad, toda temática que ahora desarrollo gira alrededor de eso. “Pues me propuse”, al igual que Pablo, “no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado.” (1 Corintios 2:2). Quizás alguno esté preguntando si todavía hablo de temas proféticos: sí lo hago. Sin embargo, hoy trato de no cometer los errores del pasado y me aseguro de dos cosas antes de subir al púlpito: (1) no convertir la escatología en mi evangelio y (2) presentar al Hombre del Calvario como el centro de las profecías, ya que “el sacrificio de Cristo como expiación del pecado es la gran verdad en derredor de la cual se agrupan todas las otras verdades” (El Evangelismo, Pág. 142). Ahora, cuando me dispongo a preparar un sermón, en mi mente no deja de resonar esta sublime idea: “Este es el mensaje [la justicia de Cristo] que Dios ordenó que fuera dado al mundo. Es el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado en alta voz”. Oh predicador que me lees, nunca olvides que la justicia de Cristo no es un tema secundario o de poca valía; tampoco es un adorno para concluir un mensaje y darle la apariencia de Cristocéntrico. La justicia de Cristo es “el último mensaje de clemencia que ha de darse al mundo, es una revelación de su carácter de amor” (Palabras de Vida del Gran Maestro, Pág. 342).

Desde algunos años, por primera vez en mi vida como predicador, mi corazón vibra al hablar del evangelio eterno, es imposible no experimentar algo así cuando contemplas el poder y sencillez de las buenas nuevas de salvación. Estoy eternamente agradecido con el Señor por mi conversión hacia el adventismo, pero también por mi conversión como predicador que me ha llevado a ver a Dios como lo que realmente es: AMOR.

“Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; más para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios” (1 Corintios 1:23-24).

Autor: Oscar Pacheco

Ver más artículos en: <https://facebook.com/megafonoadventista>

Artículo publicado por cortesía de:

